

CLEMENTE ESTABLE

Roberto Puig

En el mes de octubre del corriente año 2001 se cumplió un cuarto de siglo de la desaparición física de Clemente Estable, de cuyo nacimiento conmemoramos el centenario en 1994.

Fue hombre de ciencia, pero también educador, filósofo, ciudadano ejemplar, figura señera en el mundo de la cultura, cuya obra trascendió tempranamente, para honra del país y de América.

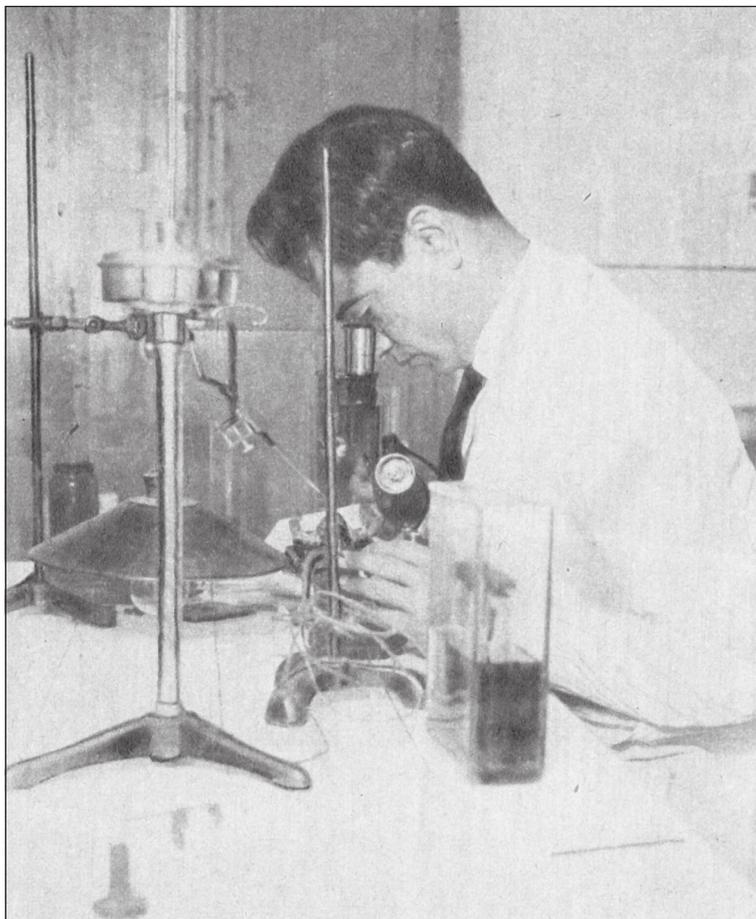
Escribió y enseñó mucho, conoció otros horizontes, ideó planes de enseñanza, puso su preclara inteligencia y su indomable voluntad y capacidad de trabajo al servicio de la investigación, de la cultura, del enaltecimiento del ser. Como al célebre latino, nada de lo humano le fue ajeno. Sin embargo, ¿qué saben de él los jóvenes de hoy o quienes no han tenido oportunidad de acercarse a su obra? En síntesis, ¿quién fue, cómo fue y qué representa para nosotros hoy Clemente Estable?

I

La biografía de nuestro sabio está llena de pequeños episodios que muestran, en constante reiteración, las facetas salientes de una existencia cuyos rasgos característicos -que pudieran, quizás, resumirse en breves líneas: vocación, seriedad, humildad, trabajo, abnegación, lealtad, pasión por la ciencia y la cultura, elevación permanente del espíritu hacia el mundo de los valores- fueron cristalizando y consolidándose precozmente.

Nacido en un medio rural -inmediaciones de San Juan Bautista, hoy Santa Lucía- el 23 de mayo de 1894, años más tarde su familia se avocó en la zona entonces semiurbana de la Unión. Allí concurre a la escuela, que complementa luego con cursos nocturnos, y a los quince años ingresa al Instituto Normal, donde, tras una brillante escolaridad, obtiene el título de maestro, debiendo recordarse aquí el apoyo familiar coadyuvante en esta etapa.

Lleva ya profundamente arraigada su vocación definitiva, así como su quehacer de autodidacto -a los que no es ajeno el contacto con la naturaleza en su niñez- que no desatenderá jamás. Pronto es llamado a desempeñar cometidos especiales: dicta cursos de vacaciones, enseña en el Instituto Normal, recorre escuelas como adscripto a la Inspección Técnica de Enseñanza Primaria, va penetrando con la realidad escolar.



El joven investigador, alrededor de 1935,
en su querido laboratorio de la Av. Millán.

Mas no es solo esa etapa educativa lo que le interesa; medita también sobre la formación de los jóvenes y de los adultos. Con referencia a los primeros, y a los niños, surge su magistral comunicación, presentada a la Sociedad de Pedagogía en 1921, titulada *El Reino de las Vocaciones*, que años más tarde se complementará con otros enfoques y desarrollos que aparecen reunidos en un tomo llamado *Psicología de las Vocaciones*. Pero hace ya tiempo que su inquietud se ha asomado también al maravilloso mundo de las ciencias biológicas, y sus estudios especializa-

dos, bajo la égida de preclaros profesores, junto con su destacada labor, le hacen merecedor indiscutido de una beca que le permite en España trabajar junto a Ramón y Cajal, de quien llega a ser el discípulo predilecto y permanente cultor de su memoria.

Retorna de su viaje en 1925, después de recorrer otros centros científicos en varios países europeos, donde su permanencia hace que se lo considere como un joven y ejemplar maestro. Otras tareas le aguardan en su tierra: la transformación de la citada Sección Adscripción de la Inspección Técnica en un Laboratorio de Ciencias Biológicas y una Sección Cinematografía lo pone a cargo de ambos organismos. La ulterior separación de estos lo deja al frente del modesto laboratorio, cuya actividad aumenta y se amplía sin cesar, y a donde concurren jóvenes que van a formarse en la investigación. Tiene origen también en él la Sociedad Linneana, que procura fomentar el estudio de la flora, la fauna y la tierra del país, la preparación de material didáctico, la preservación de material científico y la formación de maestros linneanos. Actúa también Estable en el Instituto de Neurología de la Facultad de Medicina, al cual dona en 1927 un sueldo íntegro de los que le corresponde acumular, no obstante su relativa carencia de bienes materiales, para costear becas de estudio para quienes sientan vocación por la investigación neurológica, que a instancias de Américo Ricaldoni, por entonces director del mencionado Instituto, habrán de llamarse “Becas Clemente Estable”.

En el plano familiar, contrae enlace por esos años con una destacadísima maestra, Isabel Puig, directora por entonces de la Escuela Nº 6 de 2º Grado “Estados Unidos de América”, escuela a la que concurrirán diversos miembros de la familia como alumnos y alguno como docente.

El laboratorio de la Avda. Millán es testigo, además, de la elaboración de un plan educativo para la escuela primaria, cuyo lema distintivo característico es: “Por la Cultura, para la Superiorización de la Vida”, que se pondrá tiempo después en práctica experimentalmente, a cargo de relevantes figuras del magisterio nacional. En él se enfatizan los valores del hombre, distribuyéndose las actividades sobre una base pedagógica y psicológica, mediante un sistema de centros organizadores de conocimiento, que estudian la realidad en sus tres aspectos: ético, científico y estético. El método se funda en los intereses psicológicos de la infancia, aunados a los valores permanentes que atesora el hombre.

A todo esto, Estable investiga y escribe incansablemente. Como escritor no ha sido demasiado estudiado, creemos, y nos complace destacar esta faceta, que merece nos detengamos un instante en ella. Quedan de él centenares de páginas que muestran una letra legible e inconfundible, y



un estilo muy particular, que con el tiempo fue depurándose, diríamos, al ir tomando gradualmente mayor conciencia, nos parece, del fenómeno de la expresión y al preocuparse en mayor grado por la corrección gramatical, es decir, no solamente por dar forma escrita a sus ideas y a los conceptos que surgían con tremenda densidad de su mente privilegiada, sino también por darle a esa forma la viabilidad y el poder de transmisión adecuados a su férvido contenido.

Con todo, a Clemente Estable no lo calificaríamos de literato, por cuanto no escribía para hacer literatura; sin embargo, ocurre que cuanto salía de su pluma se convertía indefectiblemente en literatura. En literatura muy suya, por cierto, plena de frases sesudas -adjetivo este de rancio linaje, pues lo vemos ya en el Poema del Cid, y que Estable empleaba habitualmente-, de sugerencias que llevaban a terminar el párrafo con puntos suspensivos, que incitan a la meditación, recurso tan corriente en

su prosa; de reales o aparentes juegos de palabras, bruñidas estas por momentos como medallas acuñadas por el espíritu y tomadas en sentido etimológico estricto, aunque no el usual a veces ...

Naturalmente, sus escritos puramente científicos -recordemos, por ejemplo, entre tantos otros, sus estudios sobre la retina, o sobre el aparato de Golgi, o la histofisiología del corazón- tienen una peculiar sustancialidad, se rigen por otros parámetros, que confirman y revelan por doquier esa característica solidez del pensamiento, ese rigor obstinado de la divisa leonardesca, resultado de interminables horas de labor y esfuerzo intelectual e inteligente.

Y dentro de esa forma de escribir, es dable observar el empleo de sugestivas y felices metáforas, que se dirían a veces como surgidas de improviso, como por encantamiento, así como la introducción de nuevos vocablos, probablemente también en impremeditada neolalia, o la utilización de renovados y atrayentes matices semánticos en otros, que individualizan singularmente su estilo, siempre vivo y contundente.

La lectura de esa prosa atesora así una riqueza que constituye una muestra más de la amplitud del horizonte cultural del autor, que siempre procuró, por otra parte, acudir a las fuentes; de ahí las numerosísimas referencias a nombres científicos y las múltiples citas en las lenguas de origen, no pocas de ellas en latín, que aparecen en su obra.

Y en esa actividad de escribir, mantenida o acrecentada a través de los años, lo vemos aún, como ocurría a menudo, curiosamente, de pie (sería imposible, por otra parte, imaginarlo sentado frente a una máquina de escribir), junto a su escritorio atestado de libros y papeles, en medio del silencio exterior. Brotaban así frases cargadas de sentido y sustancia, párrafos que son modelos de euritmia, trátase de la lección científica, de fragmentos de crítica, de la descripción vívida de la experiencia vivida, del discurso de agradecimiento por el homenaje o del homenaje mismo (léanse, por ejemplo, sus páginas sobre Ramón y Cajal, a quien acabamos de citar), del trabajo de pedagogía, del informe sobre una misión cumplida, del proyecto cultural o de palabras a la juventud, que se nos presentan con relieves propios que sorprenden y admiran.

Pero el mismo estilo grávido surgía en sus charlas, en sus comentarios o, simplemente, al tomar la palabra en amigable o familiar coloquio.

Nos confesaba una vez otra gran figura de nuestra intelectualidad, otro de nuestros dilectos y venerados profesores, injusta y prematuramente desaparecido, el Dr. Eduardo J. Couture (cuyo nombre, de paso, don Clemente era de los pocos que lo pronunciaban en francés, “*kutyɾ*”), que cuando Estable hablaba se veía obligado en algunos casos a tomarle apuntes, para no perder nada de lo que este expresaba, dada la intensidad

no resumible de su discurso.

Recordemos también, prosiguiendo ahora este sucinto panorama curricular, que Estable, en medio de su labor, actúa en innumerables reuniones científicas, congresos, conferencias; visita nuevos países, Estados Unidos entre ellos, donde su talento es unánimemente reconocido dondequiera se presenta. En una palabra: es “cada vez más él mismo, para ser cada vez más para los otros”.

Deja también una huella indeleble su paso como docente, no poseyendo el título de médico, por las aulas de la correspondiente facultad, de la que es designado *profesor ad honorem*. En 1959, la Universidad de la República, por su parte, lo eleva con toda justicia al rango de *profesor honoris causa*.

Su modesto laboratorio se ha transformado: la colocación en 1944 de la piedra fundamental del edificio que hoy ocupa, en Avda. Italia 3318, abre nuevas posibilidades y da lugar a mayores profundizaciones en la búsqueda incesante de la verdad científica. Allí sigue, con indeclinable entusiasmo -palabra esta que, como él mismo una vez nos lo hiciera notar, encierra en su etimología un elemento de inspiración divina- su actividad de investigación, orientación y divulgación, con la ayuda de eminentes jefes de los distintos departamentos. Allí lo visitan jóvenes y maduros hombres de ciencia, que aprenden siempre bajo su aliento y su ejemplo.

Continúa al mismo tiempo Estable enalteciendo y honrando al país -que, justicieramente, reconoce su mérito y su obra- en las diversas representaciones que inviste: la UNESCO, entre otros organismos, escucha su voz en la India, como delegado del Uruguay. Los años no debilitan su afán: sigue estudiando y escribiendo siempre.

Como decíamos, todo lo humano le interesa. Sus meditaciones dan origen a numerosísimos preceptos, comentarios y observaciones que tienen validez universal, tantas veces citados por nosotros en nuestras cátedras del Instituto Normal y de la Facultad de Derecho: “Si nuestra ética llegara a progresar paralelamente a los poderes que nos da la Ciencia, la Humanidad cambiaría de raíz en lo que hoy parece su condenación definitiva” “Una nación no es del todo civilizada si sus mayores presupuestos no son los destinados a la cultura y a la custodia de la salud” “Actualmente apremia acentuar la dignidad del hombre en dos formas correctivas: la libertad y la responsabilidad. Esta no existe sin aquella; y aquella no basta sin esta”... otros muchos podrían citarse.

Y en materia científica, entre los suyos se cuentan algunos de los más notables trabajos escritos en América. Sus temas son variados, imposibles de detallar aquí; hemos citado ya algunos. Adelantándose a sus con-



Estable a los 65 años de edad, en el instituto de la Av. Italia que luego llevaría su nombre.

temporáneos, junto a un magnífico colaborador -el Dr. José Roberto Sotelo, hoy también desaparecido- descubre el nucleolonema, estudia la sinapsis, trata problemas de endocrinología, describe experiencias con animales, mejora técnicas de investigación microscópica ... En total, sus publicaciones superan las trescientas. Pero no es solo el hombre de ciencia el

que escribe: subyace en él el educador, el autor del plan a que aludimos, el pedagogo en quien sus discípulos al principio veían al profesor, pero luego, al conocerle más íntimamente y llegar a aquilatar la magnitud de su sapiencia y su generosa entrega, descubrían en él al Maestro, por obra de esa transformación que se opera en los espíritus selectos cuando alcanzan estos la culminación de toda docencia. Fue Maestro, con mayúscula, en el sentido más augusto del vocablo, por la autoridad con que, sin artificio alguno, sabía imponerse en la orientación formativa de sus discípulos, en quienes invariablemente se operaba la reacción creadora sin la cual, por más que se den los elementos objetivos de toda enseñanza, un salón de clase no llega a convertirse en aula, y que es condición imprescindible de esa tan especial relación que se establece entre el verdadero educador -también estudiante perpetuo- y el educando cuando se emprende a carta cabal una actividad tan inherente al hombre como lo es la del enseñar y el aprender, según él mismo indicaba. Y este ambiente se traslada a la palabra escrita, en la prosa estableana a que nos referíamos hace unos instantes, que con su magia y sus conocidas características envuelve al lector y lo transporta, a poco que se interne en su atenta lectura.

Pero está igualmente el Estable filósofo, consciente de los grandes problemas espirituales del hombre, que suscitan en él equilibrados comentarios; o el Estable humanista, en quien aflora a veces el miembro de la Academia Nacional de Letras o el profesor de la política del espíritu de que hablaba Valéry, el sempiterno enamorado del Quijote, a quien a menudo citaba;...y tenemos también al Estable ciudadano, que distingue al mero político del verdadero estadista; al Estable de las observaciones agudas e incluso jocosas, faceta menos conocida para muchos, no menos real que las demás, sin duda. Y en todos los casos está presente al mismo tiempo el maestro de idealismo, como lo son todos los grandes hombres, tal cual él mismo afirmaba al referirse a Cajal.

Su tránsito ocurre el 27 de octubre de 1976, a los 82 años de edad. El gobierno del momento -el mismo que, por cierto, no destina precisamente sus mayores presupuestos a la conservación de la salud y al enriquecimiento de la cultura- decreta honores oficiales a sus restos. Una calle de Montevideo llevará después su nombre. Más recientemente, otros homenajes, como la emisión de una serie de sellos de correo o el llamar "Clemente Estable" a algunas escuelas del país, se han dispuesto con toda justicia.

II

Lo anterior es apenas un recuerdo somero y evidentemente muy incompleto de lo mucho que Clemente Estable realizó en su fecunda vida, ejemplo para las generaciones futuras. Pero el hombre Estable, el amigo Estable, el Estable del ámbito familiar ... ¿son conocidos por los uruguayos de hoy? Los que lo acompañamos y tratamos íntimamente llevamos el recuerdo de otras facetas, muy humanas todas, que lo singularizan entre tantos otros hombres que la vida nos ha deparado conocer. Hace muchos años, siendo muy jóvenes, cuando en el liceo solíamos poseer un álbum de firmas en que nuestros profesores y algunas personalidades del momento -concertistas, escritores, políticos, diplomáticos, hombres de ciencia- nos dedicaban algunos párrafos, solicitados generalmente en actos públicos, época en que también comenzábamos a sentir el impulso vocacional que nos llevaría a la docencia y a la investigación, tareas en que afortunadamente, aunque no en igual medida, seguimos, Estable, en una velada familiar, puso en él estas palabras, tan suyas, tan propias:

“Es la admiración una dehiscencia del alma en la cual nos desprendemos de toda crítica y así aseguramos el hallazgo de las virtudes que anhelamos existan en otros para ejemplario de nuestra vida.

Admirar es mirar hacia arriba con los ojos puros del espíritu que intenta elevarse por la escala de luz de la mirada, es vivir el mundo de los altos valores olvidándose del propio yo, para luego descubrirse a sí mismo en una más honda intimidad y en una mejor realización.

Los jóvenes poseen la bella cualidad de admirar a los hombres cuyos merecimientos juzgan excepcionales. En la juventud, ser admirador es como un ensayo en busca del modelo de la propia personalidad y está tan en lo íntimo de sus necesidades psicológicas que donde no existen grandes valores, bástale una sospecha o una promesa para creer en ellos. La realidad sola no basta; las ilusiones solas son un imposible; la Vida es una tupida trama de realidades e ilusiones, y en ella hay más, muchísimo más de lo que conocemos e imaginamos”.

El tiempo nos ha permitido aquilatar debidamente estos conceptos, y nuestro quehacer ha tenido siempre, en alguna medida, la impronta dejada en nosotros por algunos espíritus superiores.

Pero no solo le fuimos comprendiendo y queriendo más a medida que nuestra experiencia y nuestro horizonte cultural iban ampliándose; las diversas vicisitudes por que atravesaba el país, los problemas universitarios que todos vivimos, los hechos de la política diaria, los grandes acontecimientos internacionales tenían en Estable un comentarista impecable, ya fuera en rueda familiar o en círculo de colegas. Cuando en nuestra adoles-

cencia visitábamos su casa -lo cual desde nuestra niñez hacíamos, para jugar con sus hijos, nuestros primos- nos atraía irremediablemente la vastedad de su biblioteca y, dentro de ella, según nuestra inclinación y ocupación, precisamente no tanto la parte científica cuanto la literaria, la histórica, la artística, la pedagógica ... Con Estable se podía tocar cualquier tema; se aprendía siempre. ¡Cuántas veces en nuestras clases del Instituto Normal, refiriéndonos a la historia de la educación y a la formación docente, o en la Facultad de Derecho, en otro plano, como decíamos, hemos citado frases tuyas medulares, imprescindibles, atinentes a los grandes problemas del hombre y de la convivencia humana! Sus discursos contenían invariablemente un riquísimo material para la meditación, una densidad que invitaba al análisis, una elocuencia, una sensatez y una trascendencia que dejaba frutos más allá de lo momentáneo del sortilegio de su palabra hablada, ofrecida en un estilo particularísimo, cálido e inconfundible.

Con Estable -el Estable menos conocido, según hemos dicho- podía advertirse, con toda delicadeza, el lado jocoso de las cosas; recordamos aún alguno de sus cuentos graciosos. ¡Cuántas veces reímos ante alguna de sus anécdotas y ocurrencias, o tras un comentario risueño de algún suceso cotidiano!

En su dimensión humana alcanzó una altura difícil de superar; bien lo expresó Vaz Ferreira cuando escribió, hace más de sesenta años, estas definitorias palabras:

“Una combinación armonizada de talento, saber, constancia, sentimientos humanitarios, cívicos y de familia, bondad y carácter, ya sería bastante difícil de componer imaginariamente. Y resulta que se da. De manera que los que conocen a Estable pueden confortarse pensando que también para el bien es posible lo inverosímil”.

Y también, cuántas veces escuchamos absortos sus impresiones de viajero, o el relato de sus experiencias o de las circunstancias que le llevaron a alguna conclusión o descubrimiento científico! Su palabra adquiría entonces la gravedad suave y afectuosa que hacía al oyente compartir un estado superior del espíritu. Cuando la Cámara de Representantes le rindió homenaje en 1960, agradeció al orador haberle dado por un momento la ilusión de ser tal cual lo describía con su elocuencia ... aun cuando no hubiera aquél dicho sino la estricta y pura verdad. Y junto con ese agradecimiento, regaló al auditorio que colmaba la sala una de sus magníficas y memorables lecciones de sabiduría, humildad, sentido común y profundidad de concepto, cuyas enseñanzas debieran tener siempre presentes no solo los legisladores sino también toda la ciudadanía.

Clemente Estable fue, entonces, para los jóvenes y hombres de nuestra generación, y también para nuestros mayores, el sabio, el educador, el

humanista, el ciudadano, el incansable promotor de la búsqueda del Bien, la Verdad, la Belleza ... estas dos últimas como fines en sí a la vez que como medios para el primero.

Su existencia transcurrió haciendo aplicación constante de estos valores; si mucho acerca de ellos escribió, más sin duda fue en este sentido lo vivido que lo escrito. Por eso, su siembra y su ejemplo quedarán vivos y latentes en nosotros y en los que han sido sus discípulos y colaboradores, a manera de modelo para las generaciones futuras, modelo que debe difundirse para que el poder de su palabra, la fascinación de su elocuencia y la magnitud de su obra -que constituye parte fundamental de la trayectoria de nuestra cultura en el presente siglo- sigan marcando derroteros, abriendo caminos y suscitando lo que él llamaba reacciones creadoras, a que aludimos, a fin de lograr esa superiorización del hombre y del espíritu humano que tanto le motivaron, sin lo cual la Vida perdería gran parte de su riqueza y sentido, esa misma Vida susceptible de elevarse a una dimensión que en él se dio como solo se da de tanto en tanto en la historia de quienes habitamos este planeta.